

NACIONALISMO EN LITERATURA Y EUROCENTRISMO EN HISTORIOGRAFÍA

Juan Rafael Quesada

RESUMEN

Este artículo trata de demostrar que a finales del siglo XIX algunos intelectuales costarricenses elaboraron ciertas concepciones acerca de lo nacional. En el caso de los literatos hubo un intento por otorgarle valor y dignidad a lo nacional. Mientras que en el caso de los historiadores lo nacional era visto con un sentimiento de inferioridad, o bien lo nacional se identificaba con lo europeo, con evidente desprecio por lo indígena y lo negro. Esa manera de concebirnos nos ha marcado hasta el presente.

INTRODUCCIÓN

En Costa Rica, a finales del siglo XIX y principios del XX se discutió mucho acerca de lo nacional. El punto de partida de esa discusión lo constituyó la polémica que se inició en 1894, en torno al nacionalismo en literatura, aunque, sin lugar a dudas, esa polémica iba más allá de los límites literarios.

En los últimos años algunos investigadores han sostenido que los liberales crearon —“inventaron”— un modelo de nacionalidad desde una perspectiva nacionalista. Desde nuestro punto de vista, esa tesis es equivocada, pues desde el momento en que la oligarquía logró una incorporación exitosa al mercado mundial, experimentó un radical proceso de europeización, lo que Carlos Gagini denominó “manía extranjeril”. Las posiciones defendidas por los “no cosmopolitas” en esa polémica en torno al “nacionalismo” en literatura, constituyen una excepción,

pues la intelectualidad de entonces, en lo fundamental, se caracterizaba por fundamentar su identidad en la “otredad”, lo que se evidencia de manera contundente en la producción historiográfica de las últimas décadas del XIX y buena parte del siglo XX:

A. EL ENCANTO DE EUROPA

En 1894 se publicó *Hojarasca*, colección de cuentos de corte afrancesado —según la opinión de Margarita Castro Rawson— cuyo autor era Ricardo Fernández Guardia¹. De acuerdo con Abelardo Bonilla, el libro “*Hojarasca*” estaba compuesto por diez cuentos, ajenos por sus temas y por su forma a lo

1 Castro Rawson, Margarita. *El costumbrismo en Costa Rica*, San José, Imprenta Lehmann, 1991, octava edición, p. 110.

nuestro"². La aparición de esa obra dio pie para que se publicara una carta del escritor cubano Antonio Zambrana, abogado de profesión y gran patriota, fundador de la República de Cuba, quien fue uno de los hispanoamericanos que más influencia intelectual tuvo en Costa Rica, donde vivió, con intervalos, de 1876 a 1906³.

En esa carta, escrita a petición de la revista *Cuartillas*, Zambrana aconsejaba a los jóvenes que abandonaran con valor la afectación de ideas que no fueran "propias", y que renunciaran a lo "artificioso". "Nada de ser impresionistas, ni parnasianos, ni naturalistas, ni dantescos, sean ustedes mismos". Además les recomendaba que dejaran de lado las imitaciones de "bajería francesa" y los absurdos convencionalismos que estaban de moda: "El arte deben de servirlo fresco, sin recalentarlo ni ponerle salsas de fuera". Y, refiriéndose abiertamente al autor de *Hoja-rasca*, Zambrana afirmaba: "No mira y explota lo que tiene más cerca o a su alrededor, sino que prefiere irse lejos"⁴.

De acuerdo con varios investigadores, el artículo que realmente encendió los ánimos entre nacionalistas y afrancesados fue el que Carlos Gagini publicó en mayo de 1894, en la revista *Cuartillas*, con el seudónimo de Amer.

Gagini, quien desde la década anterior había sentido repulsión por la manía extranjerizante de Mauro Fernández⁵, también criticaba el desdén de Fernández Guardia por lo nacional:

"Achaque muy común en nuestras repúblicas es desdeñar los mil sujetos nacionales que pudieran dar motivo a obras literarias interesantísimas y llenas de novedad para los extranjeros; se recurre a argumentos gastados, se pintan escenas y se trazan diálogos que lo mismo pueden verificarse aquí que en Madrid o París; y, mientras tanto, nadie se ocupa de estudiar nuestro pueblo y sus costumbres desde el punto de vista artístico, nadie piensa en desentrañar los tesoros de belleza encerrados en los dramas de nuestras ciudades y en los idilios de las aldeas, en la vida patriarcal de nuestros antepasados y en su historia pública, en lo recóndito de las almas y en la naturaleza exuberante que despliega ante nuestros ojos indiferentes su grandiosa poesía".

Y, en una alusión directa al fenómeno de colonización cultural de las élites latinoamericanas de la época manifestaba:

"No es este un reproche para Ricardo: es una queja inspirada por la infinidad de obras hispanoamericanas en las que advierto ese desdén injustificado⁶.

Ricardo Fernández Guardia replicó "con la vehemencia de su juventud", en una carta dirigida a Pío Viquez, director de *El Heraldo de Costa Rica* (24 de junio de 1894), la cual apareció con el título de "El nacionalismo en literatura". De acuerdo con nuestra información, era la primera vez que se utilizaba de manera explícita el término nacionalismo

2 Bonilla, Abelardo. *Historia de la Literatura*, San José, Editorial UACA, 1981, p. 110. Para comprender mejor el pensamiento eurocéntrico de Ricardo Fernández Guardia es necesario tener presente que en 1892 publicó el cuento *Tapaligui*. En él se refiere a un pueblo de Nicoya que organizaba "una de sus grandes fiestas religiosas y tradicionales". Al inicio de ese cuento afirma que "el embriagarse ha sido todo el tiempo el placer favorito de los indios". Y, al final, dice lo siguiente: "allá en el mar, balanceándose suavemente sobre las aguas, está un barco monstruoso; en su popa flameaba el pendón soberbio de Castilla, y por una de sus bandas humeaba en la boca de un cañón. Espesos nubarrones cubrieron el suelo y apagaron su brillo. El culto al sol ha muerto. Comenzaba el del crucificado". En *Revista de Costa Rica*, año 1, n° 4, 1892, pp. 161-179.

3 Castro Rawson, Margarita, *op. cit.* pp. 161-179.

4 *Ibid.*, p. 111.

5 Gagini, Carlos. *A través de mi vida*, San José, Editorial Costa Rica, 1961, p. 20.

6 Citado en Castro Rawson, *op. cit.*, pp. 321-322.

como sustantivo, aunque, curiosamente, en ese artículo se defendía la posición contraria a ese movimiento:

"Vamos al asunto. Han dado muchas gentes ahora en la flor de que todos los que movamos una pluma en Costa Rica, estamos obligados a excribir pura y exclusivamente sobre asuntos nacionales [...].

Hacerme a mi el cargo de que para mis cuentecillos elijo cuentos extranjeros, es tan sandio como decir a uno de nuestros pintores, al cual se le ocurriera hacer mañana el retrato de una inglesa o una china: Señor mío, su cuadro es muy bonito, el dibujo es correctísimo, el colorido suave y delicado, pero su obra tiene un inmenso defecto: la linda mujer que le ha servido de modelo es extranjera y usted debió elegir a una costarricense, descendiente de los héroes del 56".

Ricardo Fernández proseguía así:

"¿Cree usted que nuestro amigo Rubén Darío hubiera adquirido el envidiable renombre que tiene, escribiendo cuentecitos y cuadros de costumbres nicaragüenses? [...].

Recuerdo que alguna vez, hallándome en París, leí en un remitido publicado en un diario de esta ciudad una de esas cosas que se le quedan a uno grabadas en la memoria, como si fueran monumentos indestructibles de la infinita e inagotable tontería humana. A vuelta de ensalzar el adelanto de nuestras bandas militares, decía el autor del famoso remitido estas o parecidas frases:

Es tiempo de que dejen de tocar trozos de Bellini, Meyerbeer, Verdi, Donizetti, etc. Seremos independientes; ya que tenemos músicos del país, tengamos también música nacional. ¿No le parece a usted estar oyendo a nuestros críticos patrioteristas cuando exclaman:

'Dejémonos de imitaciones; ya que tenemos escritores nacionales, tengamos también literatura nacional?'".

Luego agregaba:

"Los que tales tonterías dicen son los mismos que imaginan que un país puede llegar a tener literatura y artes propias en quince días de término, como si se tratara de hacer venir de los Estados Unidos una casa de madera. Pero en contra de esos delirios se alza la verdad inmensa, irrefutable y es que durante muchos años aun nuestras letras y nuestro arte tendrán que ser un reflejo de los brillantes soles europeos. El país que después de muchos siglos de existencia y prosperidad logra tener arte y literatura nacionales, ha llegado a la más alta cima de su civilización; y así se dice del arte griego, el arte romano, la literatura francesa, las letras españolas. Y ¿cuándo le parece a usted que podría decirse del arte o la literatura costarricense? Yo, Dios mío me lo perdone, me imagino que nunca".

Y, en una manifestación extraordinaria de sinceridad, el futuro "príncipe de los historiadores" costarricenses sentenciaba:

"Nada a mi juicio, es más odioso que esa tiranía que se quiere ejercer contra el artista. A ninguno se le ocurre meterse por las puertas de una zapatería y decirle al industrial: Señor zapatero, usted hace admirablemente las zapatillas de señora, pero le aconsejo que se dedique a las botas federicas o alpargatas. Sin embargo, cualquier jovencito de esos que se las dan de "críticos" se cree con derecho a soltarle ésta o parecida reprimenda: Señor Pío Viquez, ha hecho usted muy mal en derrochar su talento en ese asunto mexicano, debió usted escribir otra llamándole El Guatuso o el Talamanquino porque esos son salvajes nacionales. Y, si bien puede

usted defenderse con el incontrastable argumento de que estos señores incivilizados, aunque ciudadanos costarricenses, no son capaces de inspirarle ni siquiera una mala gacetilla, que le contestarán imperturbables: No importa; usted debe dedicarse a cantar nuestros indios nacionales.

Por lo que hace a mí, declaro ingenuamente que el tal nacionalismo no me atrae poco ni mucho. Mi humilde opinión es que nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística" [...].

Y, al final de lo que podríamos llamar un "manifiesto cosmopolita", Fernández Guardia expresaba:

"El que ha pintado de mano maestra a Sevilla, ¿por qué no ha de hacer otro tanto con lugares que conoce mejor y a los cuales profesa más cariño? Con perdón de mi amigo Carlos Gagini, a quien quiero y cuyos méritos respeto y admiro, me permito decir que esto es sencillamente un desatino, nacido sin duda del sentimiento patriótico llevado al extremo. Se comprende sin esfuerzo que con una griega de la antigüedad, dotada de esa hermosura espléndida y severa que ya no existe, se pudiera hacer una Venus de Milo. De una parisiense graciosa y delicada pudo nacer la Diana de Houdon; pero vive Dios que con una india de Pacaca solo se puede hacer otra india de Pacaca"⁷.

7 *Ibid*, pp. 325-327. Pío Jesús Víquez ha sido considerado "como el escritor más importante de nuestro siglo XIX y fundador del patriotismo costarricense (...) un auténtico defensor de los derechos humanos". Julio Molina Siverio, *Pío Víquez, su vida, el periodista, el poeta*, San José, EUNED, 1982, p. 10. Para matizar esa exaltación de Pío Víquez, es esencial retener la anécdota consignada por Luis Ferrero en el sentido de que "en Cos-

ta Rica, en 1821, el porcentaje de blancos era apenas el 9% de la población, pero con la llegada de tantos extranjeros a lo largo del siglo XIX se produjo un proceso de "blanqueamiento" tan notorio, al extremo de que hacia 1890 el costarricense se vanagloriaba de tener piel blanca. Tal reacción particular, salió a flote cuando, en una exposición de pinturas se mostraron dos cuadros que representaban uno a indios malekus (Guatuzo) y otro a un Bribri. Entonces los espectadores dieron rienda suelta a su agudo etnocentrismo europeizante. Brotó a flor de piel. Pío J. Víquez fue el vocero de la comunidad al escribir entre otros concepciones los siguientes: "Tampoco vale una palmada del indio de Talamanca. En Estados Unidos hay indios verdaderamente magníficos por su fuerza salvaje. El indio de Talamanca es un estúpido infeliz que representa el redrojo de una raza degenerada. Nuestro Talamanqueño morirá de horror a la vista de un apache de Nuevo México (...). Es un insulto insufrible para nosotros los masculinos y una afrenta para la República que se distingue por la buena sangre de sus hijos", *Arte y sociedad en Costa Rica del siglo XIX*, San José, EUNED, 1986, p. 138.

También es necesario recordar que, en 1891, José Martí insistía en *Nuestra América* en la necesidad de crear, antes que imitar, en abandonar la copia servil de lo extranjero. Era enfático al afirmar que

8 Citado en Mario Oliva, *José Martí en la Historia y la Cultura costarricense*, Heredia, EUNA, 1995, p. 201.

9 Quesada, Juan Rafael. "En el centenario de José Martí" (en prensa, en revista del IDELA,) *Op. cit.*, p.67.

“el problema de la independencia no era el cambio de formas sino el cambio del espíritu, porque la Colonia siguió viviendo en la República”: Por ello sentenciaba: “Crear es la palabra de pase en esta generación”¹⁰.

B. UNA INDIA DE PACACA

¿Por qué Fernández Guardia escogió a una india de Pacaca para menospreciar lo nacional? Ninguno de los estudiosos que se han referido a esa polémica se ha preocupado por este asunto. No obstante, nosotros consideramos que esa cuestión es de gran trascendencia por varias razones. En primer lugar, esa expresión demuestra la distancia de Fernández Guardia con respecto a las posiciones respetuosas que, en relación con los indígenas, se habían manifestado en el Congreso Pedagógico Centroamericano, realizado en Guatemala, en 1893, al menos desde el punto de vista teórico. En segundo lugar, el que el autor escogiera como blanco de ataque a los indios en general, y a los de Pacaca en particular, se explica, en nuestro criterio, porque esa era una manera de rebajar el trabajo de José María Figueroa.

El famoso “Álbum de Figueroa”, es obra que consta de dos libros, es un manuscrito preparado a partir de documentos, recortes de periódicos y de revistas, además de dibujos elaborados por el autor, mapas y descripciones de numerosos viajes realizados por él en compañía de personajes como Thiel y Pittier. Entre esos dibujos se encuentran precisamente, los que el autor intituló “Combate entre indios talamancas” e “Indios de Pacaca fabricando cestos”. Aunque en anotaciones contenidas en el mismo álbum se indica que fue preparado entre 1873 y 1883, en él aparecen artículos de periódico y mapas de fechas posteriores, incluso del siglo XX. Esa obra de Figueroa (que dichosamente está siendo restaurada actualmente por el Archivo Nacional) fue ignorada por la clase

económicamente poderosa de la época, la cual estaba más preocupada por el “cafetal, los mercados exteriores y el abogado que le solucionara sus enredos judiciales, que por la búsqueda de expresión de los sentimientos brotantes del alma humana”. La obra de Figueroa también fue ignorada por el “olimpio” literario e intelectual de la época —del cual luego formaron parte Manuel de Jesús Jiménez y Ricardo Fernández Guardia—¹¹.

Don Carlos Gagini, quien pocos años atrás había censurado a Aquileo Echeverría, justamente “por tomar asuntos españoles para sus romances, en lugar de buscarlos en nuestro terruño”¹², refutó a Fernández Guardia las expresiones vertidas en el artículo que hemos comentado. En su réplica Gagini reafirmó aún más su intención de contribuir a la “formación del alma nacional”, labor en la que participaban, aunque de manera ambivalente, políticos, juristas, educadores, periodistas, escultores, músicos, historiadores y otros profesionales¹³.

Decía Gagini:

“Por mi parte solo he manifestado cuánto me duele el desdén con que se miran las cosas nacionales, sin pretender dictar leyes a cuantos mueven plumas en Costa Rica, puesto que cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo. Retrátelo usted, si tal es su gesto, todas las chinias; no por eso dejaré de llamarle a usted artista, pero me deleitaré más la contemplación de unos ojos negros de mi tierra, que las oblicuidades visuales del Celeste Imperio [...].

“En cuando a la afirmación de usted, de que nunca habrá una literatura costarricense, me parece algo aventurada: ¿acaso no la tienen muchos otros pueblos

11 Archivo Nacional de Costa Rica, microfilm n° 245; Luis Ferrero. *op. cit.*, p. 67.

12 Gagini, *A través de mi vida*, p. 97.

13 La expresión “alma nacional” es de Ferrero, *op. cit.*, p. 185.

tan pequeños e insignificantes como el nuestro? Claro está que esa literatura no podrá ponerse en parangón con las que hoy llenan el mundo, ni citarse al lado de la griega o la romana; pero llegaremos a tenerla, no lo dude usted, cuando tengamos verdaderos artistas que interpreten el espíritu nacional en las comarcas lejanas, en las cosas exóticas o en los tiempos antiguos [...].

“Como usted opina que “nunca” habrá literatura costarricense, extraño que diga usted “durante muchos años”, porque eso supone que al cabo dejaremos de imitar para ser originales”¹⁴.

En la réplica a Fernández Guardia, Gagini proseguía así:

“De los maestros europeos aprenderemos el procedimiento, el buen gusto, el arte en una palabra; pero eso no quiere decir que debamos tomar los mismos asuntos, ni crear tipos semejantes, ni reproducir las ideas y sentimientos de aquellos escritores. ¿Dónde hay nada más ridículo que ver a Rubén Darío escribiendo cuentos rusos? Pero es la moda, y todos le rendimos homenaje [...].

Para que vea usted cuán injusto es su desprecio para con nuestros salvajes, le diré que en estos días recibí cartas de un notable escritor salvadoreño, en la cual me pide datos acerca de los indios de Talamanca, porque está escribiendo una leyenda talamanquina. Pero no solo salvajes hay en Costa Rica, ni a ellos me refiero cuando hablo de asuntos nacionales [...].

“A continuación me echa usted en cara un desatino que creo no haber dicho; y si no, veámoslo.

Dije yo en *Cuartillas*:

“El que ha pintado de mano maestra a Sevilla, ¿por qué no ha de hacer otro tanto con lugares que conoce mejor y a los cuales profesa más cariño?

Verdad de Pero Grullo y no desatino, me parece que uno debe pintar mejor lo que conoce; a no ser que usted tenga el raro privilegio de pintar magistralmente lo que no conoce.

¿Con que una estatua que representase una india de Pacaca no puede ser obra maestra? A creerle a usted, todos los sujetos de los cuadros y estatuas deben ser Venus o Adonis, arquetipos que no se encuentran en cada vuelta de esquina ni aún en Grecia, pues es fama que el autor de la Venus de Milo reunió en ella las perfecciones de cien hermosas modelos[...]. Concluye usted su carta con un verso de Musset: Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre.

En buena hora; beba usted en su vaso, que no seré yo quien se lo impida. Manifesté solamente un deseo, y usted lo ha tomado como una exigencia; conste que no le censuro a usted porque se siente inclinado a lo extranjero¹⁵.

He ahí el meollo del asunto: la preferencia por lo extranjero. Ricardo Fernández Guardia, como muchos en su época y todavía hoy, basaba en lo extranjero su modelo de identidad nacional —término usado por Francisco Bilbao varias décadas atrás— o sea, fundamentaba su identidad en la “extranjería”, de donde procedían su poder y prestigio¹⁶.

De la polémica entre Gagini y Fernández Guardia participó el cubano Benjamín de Céspedes con un artículo publicado en *El*

14 Citado en Castro Rawson, *Op. cit.*, pp. 329-330.

15 *Ibid.*, p. 331.

16 José Enrique Rodó utilizó el término “entidad nacional”, en *Ariel*, Bogotá, Talleres de Gráficos Modernos, 1988, p. 84, (1ª edición 1900).

Heraldo de Costa Rica el 1º de julio de 1894. En una nota dirigida al director del periódico de Céspedes le decía:

"El distinguido joven literato Don Ricardo Fernández Guardia ha publicado recientemente, en su diario, un interesante y sugestivo artículo sobre el nacionalismo en literatura, que merece ser discutido, no sólo por lo riesgoso de sus opiniones, sino también por el gracioso desenfado como trata los intereses artísticos y sociales de su patria costarricense [...]. Conocidas y confesadas por él mismo, las intenciones literarias del novel escritor, no es extraño que se explaye a su sabor y la emprenda con saña furiosa contra el tema y su propio país".

Con respecto a la aseveración de Fernández Guardia de que el pueblo costarricense estaba "desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento a una pobre sensación artística", de Céspedes expresaba:

"Esta injusta opinión del costarricense por su país natal no tendría valor alguno, ni no viniera a ser como el resumen o síntesis de las opiniones del señor Fernández acerca del nacionalismo en literatura, que él confunde lastimosamente con la vana y gárrula patriotería [...]. El sentimiento artístico de la nacionalidad, no es más que un fenómeno natural de adaptación mental al medio viviente, a las costumbres, intereses religiosos y político-sociales del artista o escritor. Sean cualesquiera el temperamento, los gustos, los nervios del señor Fernández, no podrá nunca arrancar de sus carnes, de sus gestos y de sus nervios eso que para él pudiera ser una túnica de Neso, y que es lo lenta, pero segura impregnación de todo su ser, de los elementos vitales de la nacionalidad: la herencia, la raza, el lenguaje, las costumbres, las tradiciones".

Benjamín de Céspedes hacía referencia, de esa manera, a lo que actualmente llamamos elementos objetivos de la identidad. Además afirmaba que existían y habían existido pueblos pobres, atrasados, que, sin embargo, habían producido genios en el campo de la literatura, lo que se debía "al carácter eminentemente nacional de sus obras, cuyas aspiraciones y empresas trataban ellos de encarnar en sus personajes y descripciones".

Luego, en una alusión directa a Fernández Guardia, de Céspedes aseguraba:

"Esa pobreza de sensación artística que el señor Fernández achaca a su país, es más bien un fenómeno de subjetivismo enfermizo que una realidad [...]. La pobreza de sensación artística, donde reside no es en el pueblo, sino en la imaginación enervada de tantos noveles literatos que, en vez de dedicarse a la observación y al estudio, prefieren trasvertir asuntos tratados ya por eminentes escritores, con el ropaje chillón del colorido y de la prosa muy untada de perfumaría francesa.

El señor Fernández, aludiendo a la imposibilidad insuperable de hallar impresiones artísticas en su patria, dice que con una india de Pacaca solo se puede hacer otra india de Pacaca, y, sin embargo, Chateaubriand con indios e indias parecidos a los de Pacaca, hizo *Atala* y los *Natchez*; Loti nos describe deliciosos amores entre las tribus salvajes de Polinesia; Beret Harte y Fenimore Cooper entre indios americanos; Jacolotriot, entre las tribus asiáticas; Zola en los pantanos de la Beauce y en los suburbios de París.

¿Eso qué significa?

Que el escritor, como el pescador de perlas, al sumergirse en lo desconocido y misterioso de los mares, busca, lucha, remueve el légamo, logra romper el blanco calizo de madréporas, sube al fin de la superficie con la codiciada presa; unos encuentran entre las valvas la hermosa perla, otros son

los desgraciados que solo pescan la ostra huera, los ratés de la literatura, que no hallan sino perlas de vidrio de patente francesa o española”¹⁷.

La polémica aparentemente terminó ahí. No obstante, en 1897 se presentó otra situación muy significativa. En opinión de Luis Ferrero, en ese año se propinó un nuevo insulto al artista costarricense. El gobierno fundó la Escuela Normal de Bellas Artes. Entonces, los pintores nacionales que habían sido marginados hasta ese momento, creyeron que Enrique Echandi sería el encargado de dirigir esa institución, pues no sólo se habría destacado como artista, sino que en 1892 había propuesto fundar una institución similar.

“Sin embargo, el gobernante de turno había encargado a Ricardo Fernández Guardia contratar [...] los servicios de un pintor extranjero [...] El gobierno elige y contrata a un pintor español radicado entonces en Quito: a Tomás Povedano y Arcos”¹⁸.

C. EL TRASFONDO DE LA POLÉMICA

Las derivaciones de la polémica sobre el nacionalismo en literatura iniciada en 1894 han sido analizadas por varios especialistas en literatura. Desde nuestra perspectiva de análisis solamente nos interesa subrayar que, con el fin de afirmar sus planteamientos nacionalistas, en 1898 Gagini publicó el libro

Chamarrasca, colección de doce cuentos con motivos nacionales. Asimismo, esa polémica estimuló la participación del guatemalteco Máximo Soto Hall (1817-1944). Soto había llegado a Costa Rica en la década de 1880, y luego fue un periodista de combate, poeta destacado y autor de algunos relatos de carácter histórico¹⁹. En 1899 publicó la novela *El problema*, considerada la primera novela antimperialista de la literatura hispanoamericana. El tema de esa obra era la “absorción estadounidense en América Central”²⁰.

De esa novela se ha dicho, además, que participó indirectamente de la polémica entre extranjerizantes y nacionalistas, ya que subrayaba que el desprecio por lo nuestro y la copia indiscriminada de modelos ajenos llevaban a una “ausencia de personalidad propia, que habría de justiciar, en última instancia, la disolución de la identidad y la soberanía nacionales”²¹.

Esto lo sintetiza uno de los personajes de la novela cuando expresa:

“Nuestros poetas, nuestros literatos han desdeñado el escribir sobre asuntos nacionales. Así como nuestra pintura se ha agotado en copias de los grandes maestros, y no directamente de los originales, sino de malos cromos, oleografías y grabados, así nuestros escritores han ido siempre pisando las huellas de alguna otra literatura, no por cierto de las mejores. En el fondo, hemos sido los primeros en despreciar lo nuestro”²².

17 Castro Rawson, *op. cit.*, pp. 332-335.

18 Ferrero, *Op. cit.*, p. 149. Este autor menciona también que, cuando se necesitó decorar el Teatro Nacional, se prefirió contratar a pintores y escritores extranjeros aunque ya se contaba con el pintor Echandi. Igualmente relata que en *El Heraldo de Costa Rica* del 22 de marzo de 1894, Carlos Gagini sugiere que se convoque a un concurso literario para estrenar el Teatro Nacional con una obra costarricense. Pero se inauguró en 1897, con la ópera “Fausto de Gounod”. Francesa, por supuesto. *Op. cit.*, pp. 145-146.

19 *Revista Educación*, No. 126, junio 1944, “Hombres ilustres, Máximo Soto Hall”, p. 194.

20 Soto Hall, Máximo. *El Problema*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1992, Colección Retorno (estudios introductorios de Alvaro Quesada y Juan Durán Luzio).

21 *Ibid.*, p. 11.

22 *Ibid.*, p. 12.

Del mismo modo, la aparición de la novela *El Moto*, de Joaquín García Monge, en marzo de 1900, dio origen a una carta entusiasta de Manuel González Zeledón (Magón), en la que este se refería a las manifestaciones de desagrado de Fernández Guardia ante las "indias de Pacaca". Según Alvaro Quesada Soto, eso hizo renacer con nuevos bríos la vieja polémica literaria, que se prolongó desde mayo hasta noviembre de ese año²³.

Fernández Guardia, en *La República* del 24 de mayo de 1900, aunque hizo una aparente "concesión magnánima al nacionalismo literario", afirmó que era "insensato exigir al novelista que se inspire únicamente en las pachotadas de nuestros campesinos", y reiteró su tesis de que,

"ya sea por el temperamento, mal gusto inveterado o perversidad natural, siempre he de hallar más interesante una parisiense o una de nuestras soleadas josefinas, que la más apetitosa de esas robustas indígenas que, según veo, llegarán pronto a ser tan poéticas, como fama han tenido hasta aquí de buenas nodrizas, o chichiguas, como diría un nacionalista"²⁴.

Surgió así la polarización *liberal-nacionalista*, que marcaba más una diferenciación político-social que político-doctrinaria, ya que se orientaba a señalar la pertenencia a la aristocracia oligárquica de los partidarios del academicismo cosmopolita, y el carácter "plebeyo", de extracción popular o de "pobre de levita" (la expresión es de Magón) de los cultivadores y simpatizantes del género concho²⁵.

Como lo planteó el escritor Leonidas Briceño:

"Ellos, de por sí y ante sí (y sin poner sus firmas se entiende), han hecho dos agrupaciones del gremio literario, dos sectores irreconciliables, como ellos dicen y han llamado a la una liberal y a la otra nacionalista: aristocracia y plebe, se comprende [...] A veces dicen con desdén que no quieren descender hasta uno. Bien, llegará el día en que los hagamos descender"²⁶.

De acuerdo con Álvaro Quesada, Fernández Guardia aparentemente aceptó la dicotomía liberal nacionalista, "al hacer una irónica referencia al origen guanacasteco" de Briceño, como una explicación de su interés por el nacionalismo literario, y al insistir en sus afirmaciones sobre la escasa poesía de nuestras "apetitosas" y "robustas" indígenas, buenas solo para nodrizas o "chichiguas", y de las "pachotadas" de nuestro pueblo "sándio y sin gracia alguna"²⁷.

Según algunas investigadoras, la polémica concluyó en que los europeizados fueron exiliados del conjunto de las obras nacionales, condenados a una especie de ostracismo histórico. "Por el contrario, los que se dedicaron a escribir sobre lo que ya se había definido que era "Costa Rica", fueron declarados los escritores nacionales, y sus obras, los clásicos de la literatura costarricense"²⁸.

En nuestro criterio, con respecto a las tesis expuestas por quienes participaron en la polémica sobre el nacionalismo literario, es posible llegar a las siguientes conclusiones:

23 Quesada Soto, Alvaro. *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1900) enfoque histórico social*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1886, p. 113.

24 Citado en *Ibid.*, p. 114.

25 *Ibid.*, p. 114

26 *El Heraldo de Costa Rica*, 4 de setiembre de 1900, citado en *Ibid.*, p. 117.

27 La carta de Fernández Guardia fue publicada en *El Figaro*, 10 de Noviembre de 1900, citado en *Ibid.*, p. 117.

28 Rojas, Margarita y Flora Ovares. *100 años de literatura costarricense*, San José, Ediciones Farben, 1995, p. 35.

1. No se puede descalificar mediante el epíteto de "paradójico", el hecho de que los que iniciaron la polémica con Fernández Guardia "fueron dos cubanos (Zambrana y De Céspedes) y un hijo de inmigrante italiano (Gagini)"²⁹. Ello demuestra, más bien, la trascendencia de que los intelectuales cubanos procedieran de un país que durante muchos años había luchado para dejar de ser colonia. ¿Acaso no sería más lógico pensar que ellos, como Martí, eran patriotas a la vez que ciudadanos del mundo? Téngase presente que Martí, por ejemplo, afirmaba: "Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más cerca, y en que nos tocó nacer"³⁰. Igualmente el que Gagini fuera hijo de un inmigrante no le resta en absoluto validez a sus argumentos, ya que él era tico por los cuatro costados. En todo caso, lo que define la nacionalidad de un individuo es, ante todo, el sentimiento íntimo, profundo, de ser parte de una colectividad³¹.

2. El fondo del asunto no consiste en determinar si los europeizantes y los nacionalistas "aceptaban como válidas únicamente las reglas y convenciones europeas tradicionales, francesas y españolas, sobre el género, la forma, y el lenguaje literario"³². Lo me-

dular es precisar si se asumía lo propio como tal, con orgullo, sin complejo, sin que esto produjera una minusvalía nacional. Fomentaron esta minusvalía, precisamente, los hispanistas y los europeizados, que encontraban y encuentran la esencia de la nacionalidad costarricense en lo extranjero.

3. En el caso de los historiadores, la europeización se reflejó en la producción historiográfica, a través de una serie de conceptos claves como civilización, raza, progreso y "madre patria". El análisis de esa temática será el objeto del siguiente apartado.

D. EUROCENTRISMO HISTORIOGRÁFICO

Durante mucho tiempo, la historiografía costarricense estuvo marcada por el eurocentrismo y, en alguna medida, por el racismo. El eurocentrismo estriba en considerar a Europa como centro del mundo. Según el historiador francés André Burguière, secretario de la Revista los *Annales*, el eurocentrismo considera a Europa como "el núcleo de las grandes civilizaciones", mientras que a las demás sociedades las ve como "pueblos sin historia"³³.

El eurocentrismo es, entonces, una versión del etnocentrismo, ya que este consiste en que un grupo se atribuye un lugar central con respecto a otros grupos. El racismo, por su parte, en el sentido más estricto del término consiste en atribuir a la herencia biológica las particularidades culturales de un grupo que tiene una apariencia física muy distinta de la del grupo que le atribuye esas características. En sus manifestaciones concretas, el racismo rechaza al *OTRO*, por la razón de que es racialmente diferente. Entre el etnocentrismo y el racismo existe, pues, un lazo de parentesco. Se puede comprobar, en principio, una semejanza entre los comportamientos etnocentristas y los racistas³⁴.

29 Barrantes Bermejo, Ana Cecilia. *Buscando las raíces del modernismo en Costa Rica, cinco acercamientos*, Heredia, EUNA, 1994, p. 80. La supuesta contradicción que la autora ve en la condición de extranjeros de Zambrana y De Céspedes, le sirve, aparentemente, para justificar o apoyar el europeísmo de Fernández Guardia. Es la misma actitud de Rojas y Ovares.

30 Citado en Quesada Camacho, "En el centenario de José Martí", *Op. cit.*, p. 32.

31 Al respecto es significativa la anécdota referida por Gagini en su obra citada. "Cuando él era alumno en el Instituto Nacional, un 15 de setiembre hizo explotar un triquitraque en la ventana del domicilio del director Valeriano Fernández Ferraz y el petardo hizo añicos un cristal. Gagini fue sorprendido por el portero del colegio, quien lo condujo ante el director. Este le dijo sonriendo: ¡Que diablo! Hoy es el día de su independencia y yo soy español, ¡Suéltelo Díaz!"

32 Quesada Soto, *Op. cit.*, p. 189.

33 Bourgière, André. (sous la direction) *Dictionnaire des Sciences Historiques*, París, PUF, 1986, pp. 259-270.

34 Perrot, Dominique y Roy Preiswert. *Etnocentrismo e historia de la cultura occidental*, México, Nueva Imagen, 1979, pp. 55-58. El racismo, co-

Con base en las premisas anteriores, planteamos la tesis de que la historiografía costarricense de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del XX, es decir, en la época en que se consolidaba el nacionalismo en literatura, presenta rasgos esencialmente eurocentristas e incluso racistas. Basaremos nuestra argumentación, fundamentalmente, a partir del análisis de obras utilizadas como textos escolares, y lo haremos alrededor de tres ejes centrales: civilización, raza y "madre patria".

El concepto de civilización, lo mismo que el de progreso, es una constante en el vocabulario de los grupos gobernantes del país a lo largo del siglo XIX. En los textos escolares de historia, con la palabra civilización se ofrece una interpretación evolucionista de las sociedades, la cual valoriza ciertos criterios distintivos de "avance" como: la escritura, la urbanización y la técnica; o bien se define la civilización como una etapa opuesta a la barbarie.

En el *Bosquejo de la República...*, de Felipe Molina, utilizado como libro de texto para la enseñanza de la historia de Costa Rica de 1862 a 1887, y publicado en momentos en que nuestro país "hacía su aparición en el mundo civilizado", el autor no explicita el término civilización, pero, cuando lo emplea es evidente que nunca lo atribuye a las culturas indígenas.

"El país a la sazón que fue descubierto estaba ocupado por diversas tribus de indios, o pequeñas naciones que habían alcanzado un cierto grado de civilización"³⁵.

mo forma extremada de etnocentrismo se encuentra en las personas que le niegan a un grupo determinado, por el simple hecho de ser diferente, la posibilidad de hacer aportes positivos. Ejemplo de este tipo de racismo fue expresado a lo largo de 1995 por algunos articulistas que, desde las páginas de un diario nacional se dedicaron a combatir la ley del "Día de las Culturas".

35 Molina, Felipe. *Bosquejo de la República de Costa Rica, seguido de apuntamientos para su historia*, Nueva York, Imprenta Benedict, 1851, p. 12.

De esa aseveración se deduce que la acción de los españoles era concebida como una misión "civilizadora".

En una obra posterior, que tuvo gran difusión entre los docentes de primaria y secundaria, tampoco se define el término civilización, pero si aparece en la dicotomía civilización-barbarie, y se le relaciona con diversas manifestaciones de la cultura material:

"Las tribus que descubrió Colón en Limón, si no eran tan avanzadas como otras, habían alcanzado sin embargo, un grado de civilización del cual testimonian las fortificaciones encontradas por los españoles, así como el hecho de que ellas utilizaban el oro en sus operaciones comerciales".

Según el autor, la civilización era propia, únicamente, de los españoles, como lo muestra el párrafo siguiente:

"Los ataques de los piratas en 1676 representaron un grave peligro debido a la falta de importancia de la población civilizada [...] reducida prácticamente a dos ciudades, Cartago y Esparza"³⁶.

Ricardo Fernández Guardia, quien a partir de 1905 se destacó como un gran historiador, fue el autor de una abundante producción historiográfica. En sus numerosas obras, utilizadas todavía por estudiantes, profesores, profesionales e investigadores universitarios, el término civilización es una categoría instrumental básica, frecuentemente asociada a las acciones y a los atributos de los españoles, y en oposición a lo aborigen. Así, en su primera obra propiamente histórica afirma:

"A la llegada de los españoles, el territorio de Costa Rica estaba habitado

36 Calvo, Joaquín Bernardo. *Apuntamientos histórico-geográficos...*, San José, Imprenta Nacional, 1889, pp. 133-220.

por miles de indios semibárbaros, dispersos en los grandes bosques que cubrían el país”.

En contraste, la “misión civilizadora” española se plasma en una serie de hechos concretos.

“El móvil de España no fue tanto la búsqueda de oro, como la voluntad de engrandecer la patria, de propagar la religión, las leyes y las costumbres [...] de colonizar o civilizar como decimos hoy”³⁷.

Igualmente, el concepto matriz de civilización se relaciona con ciertos elementos de la vida material:

“Los aborígenes habían alcanzado cierto grado de cultura, aunque, con respecto a otros de América, les faltaban algunos elementos necesarios al desarrollo de la vida civilizada, como el hierro, el ganado lechero o de carne, y el que se emplea para el transporte y las actividades agrícolas”³⁸.

Asimismo, en la época en la que los literatos y algunos sectores o grupos denunciaban el imperialismo, representado por las empresas bananeras y el ferrocarril, el destructor de las “pachotadas” y de los “talamquinos” hacía una apología del ferrocarril, el cual era concebido como la expresión misma de la civilización, en aras de la cual todo era permitido:

“Uno de los principales elementos de la civilización contemporánea, el ferrocarril, hizo su aparición en Talamanca en 1909. En 1910 murió el cacique Antonio Saldaña. Tal fue el fin prosaico de los últimos representantes de un li-

naje indómito que luchó valerosamente para conservar su independencia. Saldaña vivió suficientemente para ver las tierras de sus ancestros invadidas por los conquistadores modernos y para escuchar el silbido de la locomotora sobre las riberas del majestuoso Sixaola”³⁹.

Aunque Fernández Guardia reconoció las consecuencias negativas de la conquista para los pueblos indígenas, no tardó en encontrarle una justificación:

“Sí la consecuencia de la conquista fue que los indios perdieron su libertad y el control de su territorio, en cambio recibieron la religión y la civilización cristiana”⁴⁰. Se podría decir, entonces, “¡Fregados, pero cristianos!”⁴¹.

El concepto de raza o de razas es empleado frecuentemente en los libros de texto que analizamos, aunque en ninguno se presenta una definición del término. Se utiliza, especialmente, para distinguir los diversos componentes de la sociedad colonial, y se asocia a la noción de sangre y al color de la piel. Hay que recordar que durante la época colonial prevalecía la concepción medieval de la ortodoxia religiosa, según la cual la “pureza de sangre” y el “orgullo de linaje”

37 Fernández G., Ricardo. *Historia de Costa Rica: el descubrimiento y la conquista*, San José, Imprenta Lehmann, 1991, p. 2. (primera edición, 1905).

38 *Ibid.*, p. 15.

39 Fernández Guardia, Ricardo. *Reseña histórica de Talamanca*, San José, Imprenta Nacional, 1918, p.34. Según Eduardo Galeano, Domingo Faustino Sarmiento calificaba de la siguiente manera a los indios americanos en su larga lucha por la libertad. “Son más indómitos, lo que quiere decir animales más reacios, menos aptos para la civilización y la civilización europea”, *Ser como ser y otros artículos*, San José, Editorial Siglo XXI, 1992, p. 20.

40 *La cartilla histórica de Costa Rica*, San José, Imprenta Lehmann, 1976, (primera edición 1909), p. 4.

41 Tomamos esa expresión del libro de Eduardo del Río, RIUS, *500 años fregados pero cristianos*, México, Editorial Grijalbo, 1992.

eran propios de los cristianos. Los *OTROS*, —judíos, musulmanes, indios y negros—, eran impuros! y, por lo tanto, inferiores, por lo que merecían ser oprimidos y esclavizados⁴².

En el siglo XIX, el concepto de raza, muy en boga, relacionaba las capacidades sociales y culturales de las personas con sus características biológicas. Y, a finales de ese siglo, cuando la antropología social comenzó a desarrollarse, esta ciencia relacionó la evolución social y cultural de los pueblos con la “raza biológica”, y estableció relaciones directas entre grupos físicos y la cultura. El antropólogo Georges Vacher Lapouge (1900) sostenía que había una coincidencia entre raza y clase, noción que fue compartida hasta la Segunda Guerra Mundial por antropólogos tan prestigiosos como F. Boas. Era la época de los “antropólogos del gobierno” o, más precisamente, del colonialismo.

El psicólogo Gustave Le Bon, en su obra *La psicología de las masas* (1895), afirmaba que las características físicas se transmiten por herencia, y que constituyen el alma o el “carácter nacional”. También clasificó las razas humanas en superiores e inferiores, y puso a los europeos blancos a la cabeza. Aseguraba que el mestizaje da siempre un producto inferior a sus componentes, y que este hecho trae como consecuencia la degeneración, la corrupción y la anarquía⁴³.

En ese entonces, el romanticismo asociaba la raza con el idioma de los pueblos, por lo que se hablaba, por ejemplo, de “raza

inglesa”, “francesa” o “española”. Con este sentido fue usada en el cuarto centenario de la llegada de Colón, cuando comenzó la exaltación del 12 de octubre como “día de la raza española”. Pero luego esa concepción de raza adquirió también una connotación fisiológica. Así, cuando a finales del siglo XIX surgió un sentimiento de desencanto y frustración frente al progreso que no llegaba, se echó la culpa al “pueblo”, esto es, a los indios, negros y mestizos. El propio Miguel de Unamuno pensaba que la mezcla de la raza blanca con otras razas tenía consecuencias negativas⁴⁴.

Esas ideas no fueron cuestionadas seriamente sino después de la Segunda Guerra Mundial, y, si bien hoy nadie usa el término raza con el sentido explicado anteriormente, la idea de raza se ha perpetuado en las representaciones gráficas del indio y del negro, en las tiras cómicas, en el cine, en los estereotipos⁴⁵, lo mismo que en ciertos libros de texto y en el lenguaje de algunos intelectuales.

Pues bien, la raza es una noción clave que aparece, directa e indirectamente, en muchas obras de historia costarricense. En la mayor parte de los casos está cargada de connotaciones despectivas, cuando se trata —desde luego— de razas “no blancas”.

Veamos la siguiente cita tomada de Joaquín Bernardo Calvo

“En Costa Rica, si bien existe una raza primitiva [el autor parece aceptarlo como una fatalidad] su cantidad es muy limitada y está completamente aislada de la población civilizada [...]”.

En cambio al referirse a los blancos, el autor agregaba:

“[...] la calidad más estimable de la raza blanca es su sentido del trabajo y su voluntad de progreso”.

42 Bozzoli, María Eugenia, Eugenia Ibarra y Juan Rafael Quesada, *12 de Octubre, Día de las Culturas en Costa Rica: una sociedad pluricultural*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998.

43 Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América Latina, eso que descubrió Colón*, Barcelona, Editorial Lumen, 1992, pp. 283-228; G. Bradford Burns, *América Latina, una concisa historia interpretativa*, Panamá, Editorial Universitaria, 1977, pp. 202-208. El término “antropólogo de gobierno” es usado por Paul Mercier, *Historia de la Antropología*, Barcelona, Ediciones Península, 1974, p. 75.

44 Rojas Mix, *Op. cit.*, pp. 223-227.

45 *Ibid.*, p. 232.

Para resaltar la importancia de los blancos, el mismo autor señalaba como una característica de Santo Domingo de Heredia "la pureza de sangre de sus habitantes"⁴⁶. Recuérdese que en la segunda mitad del siglo XIX (y aun varias décadas después con respecto a los judíos) existían leyes discriminatorias que dificultaban la inmigración de los chinos y de otras "razas inferiores". Esta situación se daba también en el resto de América Central.

En muchos textos se presenta como rasgo esencial de los blancos, el ser trabajadores y deseosos de progreso. En cambio, a los indios se les presenta como perezosos y amantes de las fiestas. Se llegó a la conclusión de que los aborígenes se asemejaban a los españoles únicamente en ese último aspecto, pues, como lo sostenía Ricardo Fernández Guardia:

"Los días de fiesta, tan abundantes en el calendario español, eran apreciados por nuestros indígenas"⁴⁷.

En otra obra el autor manifestaba un criterio que lo ubicaba en el evolucionismo (aunque nunca citara a Spencer) y que incluso lo acercaba al racismo:

"Y podemos creer que al menos [Saldaña] tuvo el sentimiento que todo eso marcaba la última hora de su raza, condenada a la desaparición como todas las razas refractarias a la civilización cuando entran en contacto con ésta"⁴⁸.

Uno de los elementos del racismo ha sido, precisamente, el considerar que la desigualdad de las razas provocaría la extinción de los seres inferiores.

Del mismo modo, don Manuel de Jesús Jiménez, uno de los mejores exponentes de la crónica histórico-literaria, en los *Cuadros de Costumbres* presenta, tal vez, el mejor ejemplo de cómo el eurocentrismo puede conducir a actitudes netamente racistas.

"¡Oh! ¡El 10 de enero de 1569 es un día negro en los anales de nuestra historia [instauración de las encomiendas]! Los indígenas perdieron definitivamente su libertad y la libertad de los indígenas fue permitida bajo una forma disimulada [...]".

Y, en un razonamiento propio del marxismo de la época, que veía la colonización como una etapa absolutamente necesaria en la vía de la transformación del mundo, añadía:

"Pero si es necesario para el cumplimiento de fines tan elevados del progreso humano que sucumban bajo el planeta los más débiles en beneficio de los fuertes, si la dominación de las razas superiores y la extinción de las caducas es necesario, entonces es necesario considerar como eternamente memorable ese día 10 de enero de 1569 que estableció en Costa Rica la esclavitud de los güetares, la perpetuación de los caucásicos, porque estos por su mayor vigor físico y espiritual son más aptos para ser agentes de progreso"⁴⁹.

Nótese la aparente contradicción del autor, quien en la misma obra condenaba a los "afectados de yanquismo", a la vez que expresaba criterios claramente racistas. De esa contradicción, que se explica por la adhesión al evolucionismo lineal y a ciertas filosofías de la historia, no esca-

46 Calvo, Joaquín Bernardo. *Op. cit.*, pp. 34, 183.

47 *Historia de Costa Rica*, p. 176.

48 *Reseña histórica de ...*, p.74.

49 Jiménez, Manuel de Jesús. En: *Noticias de Antaño*, San José, Imprenta Nacional, 1946, p. 20.

paron tampoco los pensadores socialistas latinoamericanos de antaño, como fue el caso del socialista americano José Ingenieros (y tal vez los de hogaño)⁵⁰.

El eurocentrismo de la historiografía costarricense presenta la diferencia, con respecto al resto de América Latina, de incluir a España como parte de Europa, cosa que no hacía Simón Bolívar. Este rasgo distintivo de la historiografía de Costa Rica tiene su origen en la forma como obtuvo su independencia, esto es, que en el país no hubo ningún tipo de lucha para lograr la separación de España. La independencia fue un acto administrativo que no produjo el nacimiento de partidos liberales y conservadores, como fue el caso de los otros países de Centro América.

Es cierto que poco después de la independencia, en Costa Rica empezaron a perfilarse las corrientes del pensamiento liberal y conservador. Los liberales eran partidarios de la forma republicana de gobierno, sostenían la idea de separar el Estado de la Iglesia, eran impulsores del progreso —expresado en los tabacales y en los cafetales de los alrededores de San José— y pretendían trasladar la capital a esta ciudad. Los conservadores o imperialistas, en cambio, aceptaron la independencia a regañadientes, aprobaban los privilegios que la Iglesia había heredado de la época colonial, estaban conformes con que Cartago fuera la capital y demostraban una mentalidad tradicional y “aristocratizante”⁵¹.

Ahora bien, los liberales y los conservadores (aunque nunca ostentaron esa etiqueta, pues más bien se identificaban como republicanos o imperialistas) no produjeron corrientes historiográficas con esos nombres. Además nunca manifestaron un sentimiento anti-españolista; más aún, aunque aceptaron la independencia, jamás rompieron con las tradiciones culturales de la ex metrópolis. Todo lo anterior se resume en la utilización, por parte de varias generaciones de historiadores costarricenses, de la expresión “madre patria”, la cual fue utilizada cuando se inició la lucha independentista por los burócratas españoles y por quienes añoraban el antiguo régimen, para expresar su fidelidad a España. Veamos un ejemplo:

“La América emancipada en un acto de justicia, reconoce que ella debe a su madre heroica la luz de una civilización que le era desconocida y de la cual, los destellos le han permitido desarrollar grandes elementos de progreso y de felicidad”.

Se comprueba, así, la relación del concepto básico de civilización con el de progreso y con el de “madre patria”. En el resto de América Latina, los historiadores liberales encontraban el origen del atraso heredado de la Colonia en la relación con España. Pero los liberales costarricenses, los mismos que combatieron a la Iglesia en la década de 1880, tenían otra valoración de la ex metrópolis. Por eso afirmaban:

“La Costa Rica olvidada en esa época, agradece a España el haberle mantenido en el rango de provincia, aún en el momento de mayor decadencia”.

Más contradictorio es aún el hecho de que la guerra contra los filibusteros, interpretada por muchos como la verdadera lucha por la independencia y fragua de la conciencia nacional, fuera utilizada por el mismo autor para reafirmar su agradecimiento a España:

50 Galeano, *Op. cit.*, p. 31. Según Rojas Mix, el prolífico ensayista José Ingenieros, que a partir de Herbert Spencer había desarrollado una concepción evolucionista del socialismo, afirmaba su fe en la superioridad del hombre blanco. El autor de *El hombre mediocre* llegó a decir que “los negros están más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados”, *Op. cit.*, p. 228.

51 Al respecto nos parece interesante la interpretación de Juan Bosch, en *Una interpretación de la historia costarricense*, San José, Editorial Juricentro, 1980, pp. 28-29.

"[En Costa Rica] no hay ningún monumento consagrado a la Madre Patria, ningún nombre de institución [...] Pero le ha quedado como el don más precioso un haz de virtudes y la sangría de sus progenitores"⁵².

Como ya hemos comentado, el cuarto centenario de la llegada de Colón fue un hito muy importante en la estructuración y cristalización del eurocentrismo historiográfico. Pero ya existían unos antecedentes significativos. En la segunda mitad del siglo XIX, España había facilitado la emigración hacia América, y había iniciado la publicación de revistas que señalaban la afinidad entre la ex metrópolis y sus "hijas". Además, a partir de la década de 1880 estableció relaciones privilegiadas con los intelectuales americanos, para lo cual se organizaron congresos y conmemoraciones. En 1881 se celebró en Madrid el Congreso Internacional de Americanistas y el I Centenario del nacimiento de Andrés Bello. En 1884 se fundó la Unión Iberoamericana, y en 1892 se festejó el "cuarto centenario", con las implicaciones ya señaladas⁵³.

Justamente en 1892, Francisco Montero Barrantes presentó en el Congreso Geográfico Hispano-Portugués una obra que fue utilizada como texto escolar de historia.

En ese libro se presenta una verdadera paradoja. Por un lado se afirma que "en 1819 faltaba poco tiempo para que nuestra patria se sacudiera del yugo de la opresión española". Pero, por otro, se considera motivo de orgullo la fidelidad manifestada por Costa Rica con respecto a España, al producirse en 1811, en León (Nicaragua), uno de los primeros movimientos anti-españolistas.

"Dichosa Costa Rica que pudo enviar mil bendiciones a la Madre Patria, la España noble, la España fuerte, la Es-

paña generosa que nos dio sus costumbres, su lengua y, más que todo eso, aquella que nos enseñó que debemos más bien morir que ser esclavos y soportar el yugo odioso de la tiranía"⁵⁴.

Para tratar de comprender esa aparente contradicción, es necesario tener presente que la concreción del "tercer destino manifestado" a fines del siglo pasado, tuvo consecuencias muy particulares. En 1898 se produjo la guerra entre Estados Unidos y España. Los intelectuales de la Generación del 98 —en particular Unamuno— denunciaron el peligro que en lo militar representaba Estados Unidos, y, en el orden intelectual, el "exclusivo afrancesamiento". Para contrarrestar esos peligros promovieron el hispanismo. En América Latina, los intelectuales vieron la intervención militar de Estados Unidos como una agresión. A partir de entonces, España dejó de ser considerada como una amenaza para la independencia de las antiguas colonias, y Estados Unidos fue considerado como el verdadero peligro⁵⁵.

La expansión de la "república imperialista" —la expresión es de uno de los ideólogos del imperialismo de entonces— produjo una reconciliación (en el caso costarricense nunca hubo ruptura ideológica) o acercamiento entre la intelectualidad latinoamericana y España. Se produjo un "bloqueo" con respecto al pasado de la antigua potencia colonial, la cual volvió a ser la "madre patria" (para la intelectualidad costarricense nunca lo había dejado de ser). La hispanidad sirvió de argamasa a un conglomerado de naciones jóvenes que debían defenderse del agresor anglosajón. Hasta Rubén Darío que, según él mismo manifestaba "hacía todo el daño que era posible al dogmatismo hispano", cambió su posición en relación con España⁵⁶.

52 Calvo, Joaquín Bernardo. *Apuntamientos* ..., p. 240.

53 Rojas Mix, Miguel. *Op. cit.*, p. 174.

54 Montero Barrantes, Francisco. *Elementos de historia de Costa Rica*, 2 vol., San José, Tipografía Nacional, 1892-1894, p. 161.

55 Rojas Mix, *Op. cit.*, p. 175.

56 *Loc. cit.*

Ese acercamiento a España se profundizó en el siglo XX, especialmente en la época de Primo de Rivera y de Francisco Franco. Pero el nuevo carácter servil de las relaciones entre las excolonias y España había sido marcado de manera indeleble, con la creación de la fiesta del 12 de octubre como "Fiesta de la Raza", la cual se institucionalizó, aparentemente, en todos los países de América Latina, entre 1912 y 1919⁵⁷.

E. MÁS SOLES EUROPEOS

En el caso de Costa Rica, el eurocentrismo alcanzó su punto máximo en 1921, cuando se celebró, contradictoriamente, el centenario de la Independencia de Costa Rica. Precisamente, en las vísperas de ese aniversario, Hernán Peralta publicó el ensayo apologético *España y América*, a iniciativa de la colonia española (encabezada por Valeriano Fernández Ferraz) y del consulado español en Costa Rica.

Peralta tenía una intención muy clara: "Defender la obra civilizadora de la madre patria en todos los aspectos". Para ello hacía ostentación de su apego a la "metodología científica" establecida por Leopoldo Ranke, y afirmaba que:

"España había sido una de las naciones más calumniadas por los historiadores ingleses y franceses de todos los tiempos, y la conquista de América uno de los caballos de la talla de su gratuito enemigo".

Para apuntalar su acendrado hispanismo, el autor decía recurrir a la objetividad "rankiana", sintetizada en la frase "así se escribe la historia", pero con gran subjetividad afirmaba que "todo el oro de las Indias no bastaría para pagar el precio de la civilización aportada por la Madre Patria". En conclusión:

"La conquista de América es el fin de la esperanza que comenzó en Covadonga, es la síntesis gloriosa de una raza de gigantes, y el 12 de octubre de 1492 y el 15 de setiembre de 1821 reconocen una misma génesis de luz"⁵⁸.

¡Una vez más, se confunden la patria y la "madre patria"! He ahí la esencia del eurocentrismo que, durante tanto tiempo, ha orientado la elaboración de la historia en nuestro país, y que pone sobre el tapete un asunto medular: si la reconstrucción del devenir de la sociedad costarricense, la memoria elaborada por los historiadores, ha sido un instrumento de auténtica afirmación nacional o una forma de alienación.

CONCLUSIÓN

Es comúnmente aceptado entre la comunidad de historiadores —paradigma— que la imagen del pasado que se recibe durante la niñez, en lo fundamental va a marcar a la persona durante el resto de su vida. En ese sentido es relevante destacar que el costarricense de hoy todavía es portador de una serie de estereotipos acerca de su origen, de su composición cultural. Diversos estudios de opinión pública demuestran que el costarricense medio se percibe como homogéneo, esto es, blanco, de origen europeo y que manifiesta un racismo abierto o velado contra el resto de los centroamericanos, o contra los indios o los negros.

¿Es esto casualidad?

De ninguna manera. En nuestro criterio, esas actitudes y comportamientos son el producto de una visión de sus orígenes que arranca desde la colonia, donde el color de la piel descalificaba. En el siglo XIX y XX se desarrollarían una serie de corrientes de

58 Peralta, Hernán. *España y América*, San José, Imprenta Alsina, 1918, pp. 14, 64, 88, 99; Abelardo Bonilla *Op. cit.* p. 273.

pensamiento, que vestidas de un ropaje científico, identificarían la civilización con la civilización europea. En consecuencia, otras civilizaciones, otras culturas serían negadas, serían objeto de menosprecio.

Los liberales costarricenses de finales del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX serían partícipes de esos prejuicios y eso lo plasmarían, esencialmente, en los textos de historia. Si ellos construyeron un modelo de nacionalidad o de

identidad, se trata de una identidad alienada, negadora de los orígenes múltiples de nuestra nacionalidad. Vencer esos prejuicios, esos viejos estereotipos, ha sido la preocupación de un grupo considerable de ciudadanos y de académicos. Eso ha requerido combatir y tratar de superar las imágenes distorsionadas de nuestras raíces, construidas por la tradición historiográfica liberal. La tarea no ha acabado. ¡Apenas ha comenzado!

Juan Rafael Quesada

San Joaquín de Flores

Apdo. 24-3007

Heredia